



PUEDO describir el terrible caso de Rafael Elizalde Mac Clure, el suicida que se mató en Peñalolén, quemándose vivo al estilo bonzo, estableciendo hasta este instante un duro enigma para los policías y los periodistas. Voy, pues, a pronunciar una verdad feraz. Digo, entonces, que Rafael Elizalde se mató por "La Señora". No

precisamente por la perversa influencia del candidato derechista que llaman de este modo amarcado, pero sí siquiera por su funesta imagen. Yo conocía muy bien a este héroe de su final desastre. Elizalde había sido mi compañero en la vieja Editorial Ercilla, esa de Agustinas 1639, fundada por Ismael Edwards Matte y el argentino Laureano Rodrigo, un gavián de ojo muy alerta y garra harto rapaz. En 1936, cuando ingresé a la revista "Ercilla" de otros tiempos, bajo la rectoría fraternal del cholo Manuel Seoane que la dirigía, Rafael Elizalde Mac Clure era uno de los más tenaces colaboradores de la desaparecida revista "Hoy", ya devenida en esos días sólo en un anteojo publicitario de Ismael Edwards Matte que la sostenía a pura pérdida, contando para ello

LA SUYA no era sólo la de un extraviado aristócrata, resignado al exilio de su clase, como yo lo llamaba ante el resplandor fugaz de su

sonrisa tímida, sino algo de más hondura y más alce. Luchaba bravamente, con auténtico coraje, contra el misterioso impulso que lo

LA PISTA DE LA NOTICIA

con las gordas ganancias que le daba "Ercilla". Desde ese mucho tiempo, treinta y cuatro años atrás del calendario, data mi largo conocimiento de Elizalde.

No fuimos nunca amigos verdaderos, tal vez en razón de nuestra resuelta postura diferente ante la vida. Pero nos teníamos una mutua estimación, acaso más profunda y más sincera que los falsos embalecos amicales, posiblemente acunada por el hecho de su padre ecuatoriano, que había sido Embajador en Chile, y el de mi ascendencia chilena en Ecuador, en la Embajada de Chile en Quito, donde mi padre era el miembro naval de la misión diplomática de Adolfo Eastman. Esto nos unía con la abierta posibilidad de una franqueza. Todavía, por eso, desde el alma hacia el recuerdo, me viene la nostalgia de su genio y su figura, y vuelvo a verlo, pues, tal como lo era en vida, magro de cuerpo ante mi corpulencia, muy gentil, muy comedido y demasiado fino, también, seguramente, en excesivo caballero para protagonizar y ocultar su angustia.

llevaba hacia el "otro amor". La larga batalla, con más derrotas que victorias, siempre lo destruía un poco. Una vez le salvé la

vida en Los Callejones, en la casa de bulla de la Nena del Banjo, donde yo alborotaba como un toro nuevo en la capilosa noche santiaguina. Elizalde se había ido de aventura homosexual, sometido a su delirio, para dar sólo en una ronda de rufianes que le amenazaban el pellejo y el bolsillo, cuando yo llegué a la zafagarda, junto con Julio Espínola Sotomayor, que era mi yunta en ese instante, y pudimos rescatarlo al precio de una épica pelea, donde no faltaron los tajos que salían costando en las manos delincuentes que ambicionaban la presa de Elizalde.

Fue entonces cuando me contó su drama, mientras un vino de amanecida se marcaba en los vasos impacientes:

—Soy esto —me dijo—, tú ya lo sabes. Lo que ignotas es que no quiero serlo, y ello constituye mi tortura. Lo peor, además, es que de mi condición viene la soledad. Soy un pobre ración con un triste esplendor de apellidos y sin plata, carente hasta de la gallardía física en mi escasez de todo, donde me obligo a ser avaro de lo poco que me queda. Pero no de mi vida. Me voy a matar el día menos pensado, ya lo verás tú, si cuando o más bien desesperado te mi equivocación para vivir.

No le respondí nada. Volví a llenar el vaso y Julio Espínola golpeó las manos, pidiendo otra botella. El día ya venía con su flauta de pájaros y la ciudad comenzaba a vibrar con su gran campana callejera. La Loca Marión, que era mi amiga de amor en esos días, llegó a nuestra mesa y miró a Elizalde con sus ojos tramnochados.

—Me gusta el pije —me dijo la Loca, mordéndome en la oreja.

Tampoco le contesté. Ya sabía que Elizalde Mac Clure tenía la secura de la muerte en las espaldas. La muerte, pues, vendría algún día en su busca, de terrible laya voluntaria, tal como ocurrió hace algunos días en Peñalolén, ardiendo con cruces cenizas tñilares para reivindicar al hombre en el extraviado Rafael Elizalde.

SHERLOCK



EL SUICIDA
QUE SE MATO
A LO BONZO

clarín, santiago.

15.IV.1970. - P5

620521

El suicida que se mato a lo bonzo [artículo] Sherlock.

Libros y documentos

AUTORÍA

Sherlock

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El suicida que se mato a lo bonzo [artículo] Sherlock.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile